

Título original: *Duchess in Love*  
© 2002, Eloisa James  
© De la traducción: 2009, María Natalia Paillié  
© De esta edición: 2009, Santillana Ediciones Generales, S. L.  
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid  
Teléfono 91 744 90 60  
Telefax 91 744 92 24  
www.pasionmanderley.com

Diseño de cubierta e interiores: Raquel Cané

*Primera edición: junio de 2009*

ISBN: 978-84-8365-142-1  
Depósito legal: M-14.722-2009  
Impreso en España por Unigraf, S. L. (Móstoles, Madrid)  
Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).



## CAPÍTULO 1

Breve conversación en la habitación de la duquesa de Girton

*Fiesta en la casa de campo de lady Troubridge  
Acantilado Este*

**B**ueno, y ¿cómo es?  
Hubo una pausa.

—Tiene el cabello negro, de eso me acuerdo —dijo Gina, dudosa. Se encontraba sentada a la mesa de su habitación, haciendo nudos con una pequeña cinta de cabello. Ambrogina, la duquesa de Girton, rara vez se inquietaba. «Una duquesa es lo que una duquesa hace», le había insistido una de sus institutrices. Pero Gina estaba al borde del pánico. Todas las duquesas sienten pánico alguna vez.

Esme Rawlings soltó una carcajada.

—¿No sabes cómo es tu marido?

Gina frunció el ceño.

—Es fácil para ti sonreír. No es tu marido el que regresa del continente para encontrarse con que su esposa está metida en un escándalo. Yo le pedí a Cam que anulara nuestro matrimonio para poder casarme con Sebastian, pero ahora, cuando lea esos odiosos chismes en *El Tabloide*, pensará que soy una mujer fácil.

—No lo pensará, si te conoce.

—¡Ése es el problema! Que no me conoce. ¿Qué pasaría si llegase a creer las habladurías acerca del señor Wapping?

—Despide a tu tutor y todo se olvidará en una semana.

—No voy a despedir al señor Wapping. Vino desde Grecia para ser mi tutor y no tiene adónde ir. Además, él no

## Duquesa enamorada

ha hecho nada malo, y yo tampoco, así que, ¿por qué debo actuar como si lo hubiera hecho?

—Que Willoughby Broke y su mujer te vieran con él a las dos de la madrugada es suficiente para que todos crean que vuestro comportamiento no ha sido todo lo decente que hubiera sido deseable...

—Sabes que salimos para ver la lluvia de meteoritos. De todas maneras, no has contestado mi pregunta: ¿Qué sucederá si no reconozco a mi marido? —Gina miró fijamente a Esme—. ¡Será el momento más humillante de mi vida!

—Por el amor de Dios, hablas como la protagonista de un melodrama barato. Lo anunciará el mayordomo, ¿verdad? Así sabrás quién es. Y cuando entre le dirás: «Oh, mi querido esposo» —Esme contempló a Gina con una mirada de calurosa bienvenida—, «¡qué terrible dolor me ha producido tu ausencia!». —Parpadeó lánguidamente.

Gina le hizo una mueca.

—Supongo que tú usas esa frase con frecuencia.

—Naturalmente. Miles y yo siempre somos muy educados cuando nos vemos. Lo que no es frecuente, gracias al cielo.

Gina dejó a un lado la cinta del cabello, que ahora tenía unos cincuenta nudos aproximadamente.

—Mira esto, mis manos están temblorosas. No conozco a nadie que haya tenido que pasar por la experiencia de un encuentro tan horrible.

—Estás exagerando. Piensa en lo mal que se sintió Carolina Pratt cuando tuvo que decirle a su esposo que estaba embarazada cuando él volvió de los Países Bajos... ¡donde había estado más de un año!

—Eso debió de ser muy difícil.

—Aunque, en realidad, le hizo un favor. ¿Qué habría sido de su propiedad si ella no se las hubiera arreglado para producir un heredero? Llevaban más de diez años casados. En lugar de enfadarse con ella, Pratt debería estarle muy agradecido, aunque dudo que lo esté, con lo bárbaros que son los hombres.

—Mi problema es que reconocer a Cam me va a resultar extremadamente difícil —dijo Gina—. Si se parece a Adán quizá pueda reconocerlo... —dijo melancólicamente.

—Creí que habías pasado tu infancia junto a él.

—Sí, pero era tan solo un niño cuando nos casamos, ahora es un hombre, y habrá cambiado mucho, supongo.

—Hay muchas mujeres a las que les gustaría que sus maridos se fueran a vivir al continente —recalcó Esme.

—Cam no es realmente mi marido. Cuando éramos niños yo creía que era mi primo... lo creí hasta el día en que nos casamos.

—No veo qué tiene eso que ver. Hay muchos primos hermanos que están casados y vosotros, en realidad, ni siquiera sois primos. Tu verdadera madre no tiene ningún parentesco con él, en realidad no tenéis lazos de sangre.

—Al igual que mi marido no es realmente mi marido —añadió Gina, prontamente—. Cam saltó por la ventana quince minutos después de que su padre lo obligara a casarse conmigo. Y ahora viene a anular el matrimonio. Ha tardado doce años, pero al fin se ha decidido.

—Al menos mi marido se fue por la puerta, como un hombre civilizado.

—Cam ni siquiera era un hombre aún. Acababa de cumplir dieciocho años unos días antes.

—Estás guapísima con ese traje rosa —dijo Esme, sonriendo a Gina—. Cuando te vea, se arrepentirá de haberse largado saltando por la ventana hace doce años.

—Tonterías. No soy guapa. Soy muy delgada y mi cabello parece una zanahoria. —Se paró frente al espejo, al lado de Esme—. Desearía tener tus ojos, Esme. Los míos son del color del barro.

—Tus ojos no son del color del barro, son verdes —Esme sonrió—. Y en cuanto a esa tontería de que no eres guapa... ¡mírate! Hoy pareces una madona del Renacimiento, tan esbelta y serena, y un poco lánguida. Todo en ti es elegante y discreto, excepto tu cabello, por supuesto. ¿Crees que has heredado ese cabello rojo de tu escandalosa *maman* francesa?

—¿Cómo saberlo? Mi padre nunca quiso decirme cómo era mi verdadera madre.

—De hecho, una madona es una descripción perfecta —continuó Esme dándole a la conversación un tono picaresco—. Pobre... ¡Otra virgen casada!

## Duquesa enamorada

De repente, llamaron a la puerta y entró Annie, la sirvienta de la duquesa.

—Lady Perwinkle está en el recibidor, ha venido a visitarla, excelencia.

—Invítala a pasar —contestó la duquesa.

Carola Perwinkle era pequeña y deliciosamente redondeada, con rizos que rebotaban en su pequeña cara en forma de corazón. Dejó escapar un chillido de placer al ver a Esme.

—¡Queridas! He tenido que venir porque acabo de enterarme de una noticia verdaderamente asombrosa. Lady Troubridge me ha contado que tu esposo... —miró a Gina con expectación— ¡vuelve a Inglaterra!

—Es verdad —interrumpió Gina—. Mi esposo regresa a Inglaterra.

Carola juntó las manos en el pecho.

—¡Qué romántico!

—¿Cómo? Yo no veo nada de romántico en el hecho de que mi esposo vuelva para anular nuestro matrimonio.

—Venir desde Grecia sólo para liberarte; para permitir que te cases con el hombre que amas. No tengo ninguna duda de que su corazón está secretamente partido en dos.

Esme parecía a punto de desmayarse.

—No entiendo cómo soy tu amiga, Carola. Yo creo que el esposo de Gina está escandalosamente contento de quitársela de encima. Tu esposo y el mío saltarían de alegría si tuvieran la oportunidad de librarse de nosotras, ¿verdad? ¿Por qué el esposo de Gina iba a ser diferente?

—Prefiero no verlo de esa manera —dijo Carola, rascándose discretamente su pequeña nariz—. Puede que mi esposo y yo casi nunca estemos de acuerdo, pero él jamás anularía nuestro matrimonio.

—Bueno, el mío sí lo haría —dijo Esme—. El problema es que su rígida educación no se lo permite. La primera vez que nos separamos, yo hice todo lo posible para molestarlo, quería que se enfadara tanto conmigo que no le quedara más opción que divorciarse de mí. Pero él fue todo un caballero. No va a divorciarse, pero si pudiera anular nuestro matrimonio lo haría sin pensárselo dos veces.